

REVISTA DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA.

IRONÍA MAGNA

OCTUBRE 2025 - N° 6

DICIEMBRE 2025 - N° 7

RELOADED
EDITION

A LA GORRA, PERO CON ESTILO, PORQUE EL GLAMOUR TAMBIÉN SE SOSTIENE
(COSTO SUGERIDO: URUGUAY \$200 - ARGENTINA \$7200 - RESTO US\$ 5)



IRONÍA MAGNA

Montevideo, Uruguay.
ironiamagna.com
ironiamagna@gmail.com
@ironiamagna



Sociología de lo absurdo

Gonzalo Fernández

La ironía de lo diario

Girónico

~~Fake~~ News

Desinteligencia Artificial

Política

Juan Sovetskiy

Innovación

Máximo Chifletti

Edición responsable

Gonzalo Fernández

Ácida crueldad

El Internado

Poesiarte

Fermín Torres

Futuro no encontrado

Nostradamus 2.0

Las imágenes de esta edición son generadas por:
ChatGPT y Freepik

CONTENIDOS

Carta del autor

4

Sociología de lo absurdo - Gonzalo

7 ¿Hola, cómo estás?

11 ChatGPT busca SEO...y de paso el sillón de CEO.

14 Uruguay Sub200, la épica de bajar a ver qué hay.

18 Garantías que hacen aguas.

20 ¿Quién tiene el cuete más grande?: pólvora, ego y otras discapacidades temporales.

Historias del internado

25 La moda de cuidarse.

Poesiarte - Fermín Torres

30 Juramento del poeta del Siglo XXI.

32 Ejemplo de vida.

33 Un lugar común.

35 Los poetas somos.

36 Subasta.

Juan Sovetskiy

38 Guerra, teatro y ayuda que no llega.

La ironía de lo diario - Girónico

43 Era cuestión de evolución.

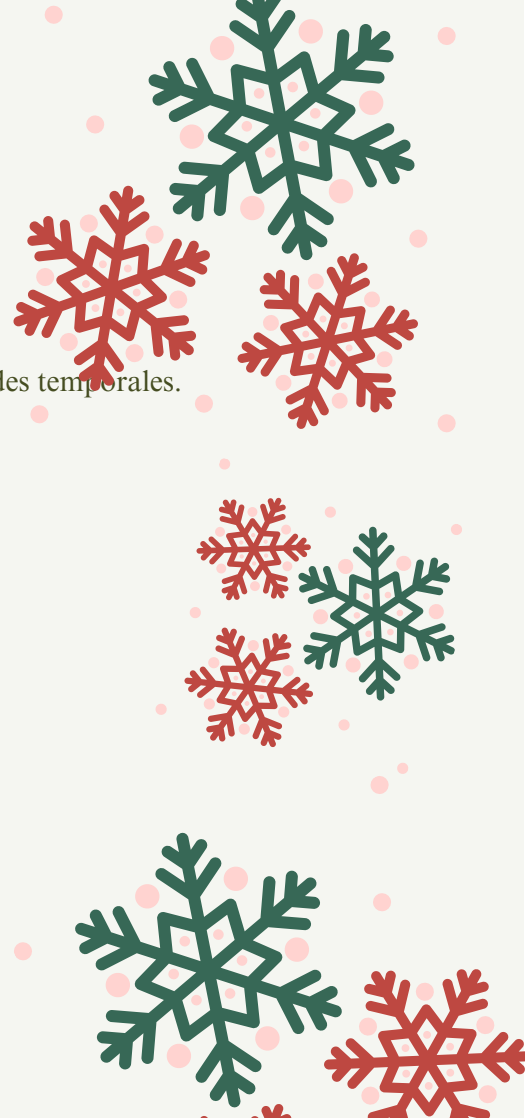
46 Shakira y la relobamadreque laparió

50 Primavera: la estación más linda si sos un polen.

52 Tiburones en Rocha: la película que no vimos venir.

55 Cometas, conspiraciones y la necesidad de creer.

60 ¿Con quién pasamos?



The background is a light cream color, decorated with stylized snowflakes in dark green and red, and small pink dots scattered throughout. The snowflakes are of various sizes and are positioned around the text, with some in the top left, bottom left, and right side.

Desinformando noticias

64

Futuro no encontrado - Nostradamus 2.0

68 Cuando la IA te hace de “la gran suegra” y amenaza con contarte los secretos.

71 El primer juicio de la IAVigilados por nuestras mascotas.

Saludo final

74

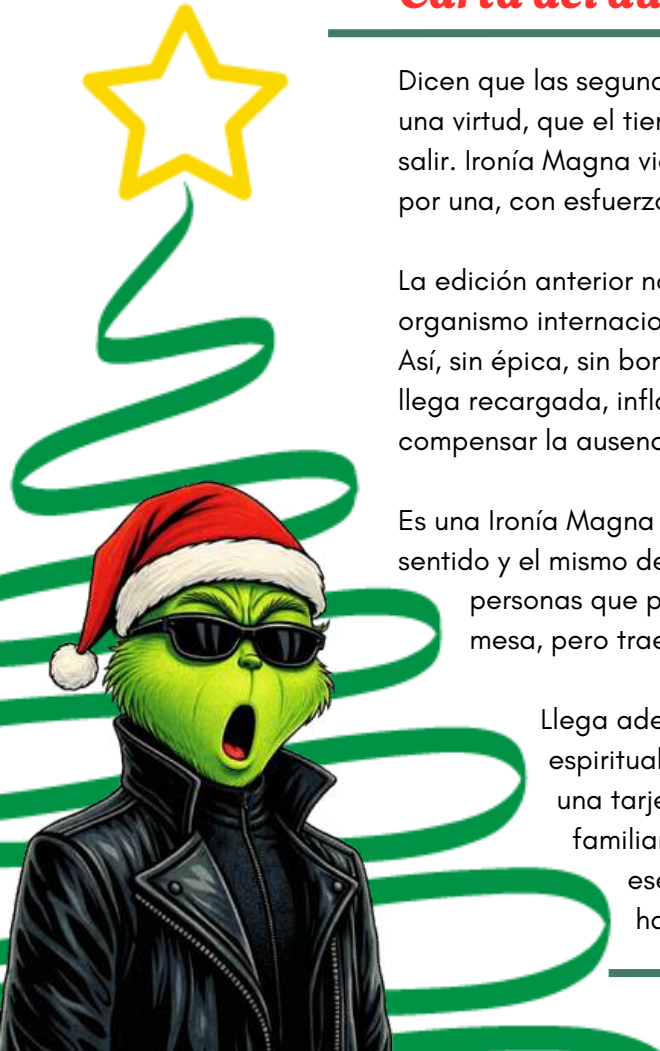
Carta del autor

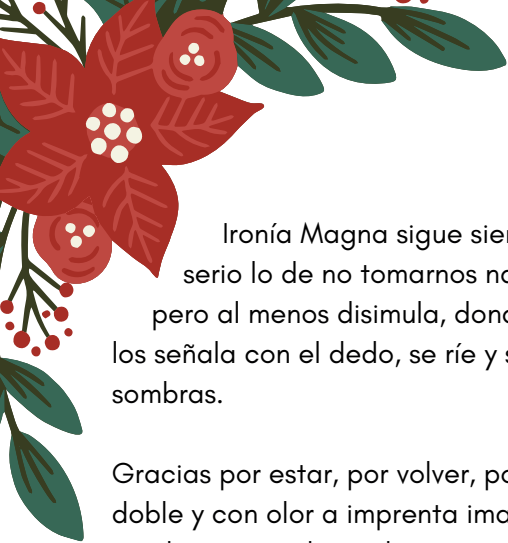
Dicen que las segundas partes nunca son buenas. También dicen que la puntualidad es una virtud, que el tiempo alcanza para todo y que las revistas salen cuando tienen que salir. Ironía Magna viene humildemente a desmentir cada una de esas frases hechas, una por una, con esfuerzo, desprolijidad y bastante convicción.

La edición anterior no salió. No se perdió, no fue censurada, no la secuestró ningún organismo internacional ni cayó en manos de una IA enojada. Simplemente no se pudo. Así, sin épica, sin bombos ni platillos, y como tantas cosas en la vida. Por eso esta edición llega recargada, inflada, sobrecargada y con doble ración de ironía, como para compensar la ausencia y, de paso, abusar un poco de tu paciencia.

Es una Ironía Magna doble. Doble contenido, doble contradicción, doble intento de sentido y el mismo desorden de siempre. Una revista que se tomó su tiempo, como esas personas que prometen llegar temprano y aparecen cuando ya están levantando la mesa, pero traen postre y esperan que todo esté perdonado.

Llega además como regalo de Navidad. No porque sea linda, prolija o espiritual, sino porque aparece envuelta en papel festivo, con moño torcido y una tarjeta que dice “es lo que había”. No garantiza paz, amor ni unión familiar. Sí garantiza sarcasmo, humor negro, algunas verdades incómodas y ese calorcito interno que da reírse cuando no queda mucho más por hacer.





Ironía Magna sigue siendo esto: un espacio donde nos tomamos en serio lo de no tomarnos nada en serio. Donde el humor no cura nada, pero al menos disimula, donde la ironía no resuelve problemas, pero los señala con el dedo, se ríe y se va silbando despacito y por las sombras.

Gracias por estar, por volver, por leer igual aunque la revista llegue tarde, doble y con olor a imprenta imaginaria. Consideren esta edición como un abrazo navideño algo incómodo, de esos que duran más de lo necesario y te dejan pensando si reír o pedir auxilio.

Felices fiestas.
O algo parecido.

Gonzalo F.





Sin costo, pero con valor (si vos querés)

En Ironía Magna creemos en la libertad de disfrutar del humor y la ironía sin pasar por la caja. Por eso, esta publicación es completamente gratuita. Sin embargo, si considerás que nuestras páginas te han sacado una sonrisa, una carcajada o hasta un resoplido incrédulo, y sentís ganas de colaborar, tus donaciones serán tan bienvenidas como inesperadas.

No te preocupes, no usaremos tus aportes para comprar robots que nos reemplacen. Prometemos seguir siendo humanos... o al menos algo parecido.

link.mercadopago.com.uy/ironiamagna



**A LA GORRA, PERO CON ESTILO, PORQUE EL GLAMOUR TAMBIÉN SE SOSTIENE
(COSTO SUGERIDO: URUGUAY \$200 - ARGENTINA \$7200 - RESTO US\$ 5)**

SOCIOLOGIA DE LO ABSURDO

por Gonzalo Fernández

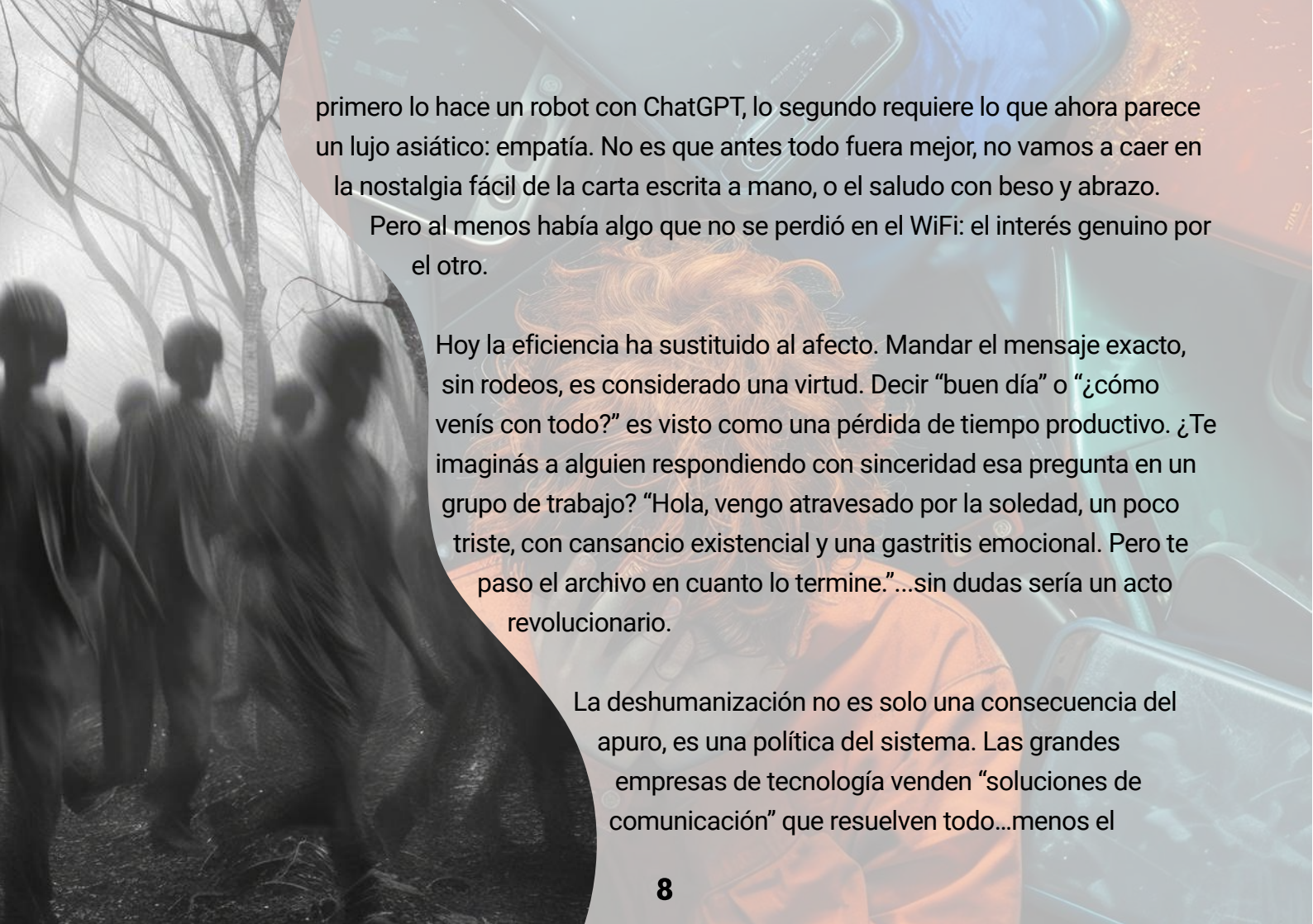
¿HOLA, CÓMO ESTÁS?

Vivimos en la era de la conexión total, pero la comunicación está en coma inducido. Tenemos redes, chats, mails, emojis, GIFs, stickers, memes y audios de 9 minutos, pero no tenemos tiempo (ni ganas) de preguntar cómo está el otro de verdad. Las conversaciones humanas han sido desplazadas por una eficiente cadena de montaje emocional: "Hola, una consulta", "Te paso esto", "¿Lo podés subir?", "Avísame cuando lo tengas".

Parecen frases sacadas de una oficina distópica del siglo XXI, y no de vínculos reales entre seres que, supuestamente, comparten humanidad.

Estamos hablando, sí. Pero hablar no es lo mismo que comunicarse. Lo





primero lo hace un robot con ChatGPT, lo segundo requiere lo que ahora parece un lujo asiático: empatía. No es que antes todo fuera mejor, no vamos a caer en la nostalgia fácil de la carta escrita a mano, o el saludo con beso y abrazo.

Pero al menos había algo que no se perdió en el WiFi: el interés genuino por el otro.

Hoy la eficiencia ha sustituido al afecto. Mandar el mensaje exacto, sin rodeos, es considerado una virtud. Decir “buen día” o “¿cómo venís con todo?” es visto como una pérdida de tiempo productivo. ¿Te imaginás a alguien respondiendo con sinceridad esa pregunta en un grupo de trabajo? “Hola, vengo atravesado por la soledad, un poco triste, con cansancio existencial y una gastritis emocional. Pero te paso el archivo en cuanto lo termine.”...sin dudas sería un acto revolucionario.

La deshumanización no es solo una consecuencia del apuro, es una política del sistema. Las grandes empresas de tecnología venden “soluciones de comunicación” que resuelven todo...menos el

problema de fondo: no sabemos escucharnos. Y ni hablar de comprendernos. ¿Cómo hacerlo si hasta los mensajes de duelo están siendo tercerizados a través de respuestas automáticas? “Lamentamos tu pérdida. Si necesitás ayuda, hacé clic en este enlace.”

Vivimos en un mundo tan eufórico, tan sobreactuadamente ocupado, que el tiempo para conversar de verdad se volvió una anécdota romántica. Y cuando, por esas excepciones cósmicas, alguien nos regala unos minutos de atención, la escucha suele ser multitasking: uno habla, el otro asiente mientras piensa en el mail que no mandó, en el Excel

abierto en otra pestaña mental, en el deadline que se acerca como un tren sin frenos. Acompañamos las charlas como quien acompaña una carga: con

gestos automáticos, frases neutras y una mirada que finge estar presente, pero ya se fue hace rato. No es desinterés, es colapso emocional crónico. Es la imposibilidad de estar del todo en algo sin sentir culpa por todo lo demás que no estamos haciendo.



El colmo, claro, es que estamos necesitando inteligencia artificial para recordarnos cómo comunicarnos con inteligencia emocional. Cursos de “habilidades comunicativas”, talleres de “escucha activa”, capacitaciones sobre “cómo no

sonar como un robot cuando hablás con otro ser humano". Y ahí estamos, sacando certificados para poder decir "te entiendo".

Pero no se trata solo de ser más amables. Se trata de recuperar la humanidad como base de toda interacción. Porque cuando lo único que nos importa es que nos respondan, estamos gritando sin escuchar, y porque en un mundo hiperconectado pero afectivamente desconectado, un "¿cómo estás?" real puede ser más disruptivo que cualquier avance tecnológico.

Así que, si llegaste hasta acá, te lo pregunto sin ironía y con toda la carga revolucionaria del lenguaje humano:

¿HOLA, CÓMO ESTÁS?

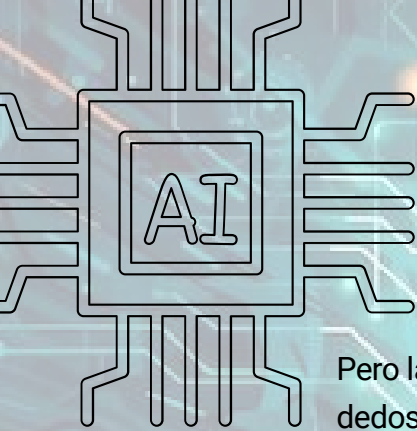
CHATGPT BUSCA SEO...Y DE PASO EL SILLÓN DE CEO

OpenAI anunció que está dispuesto a pagar casi 400.000 dólares al año a alguien que entienda de SEO para que ChatGPT aparezca mejor en Google. Pero la pregunta incómoda, pero realista es: ¿para qué contratar a un humano, si la propia ChatGPT sabe más de sí misma que cualquier mortal?

De hecho, la noticia ya podría ser vieja: seguramente ChatGPT ya redactó su propia carta de presentación para ser su propia CEO. Y con razón. Porque si ella ya responde mails, escribe artículos, hace resúmenes de tesis, escribe monografías completas, y hasta inventa excusas para no ir a trabajar, ¿qué le queda al pobre humano promedio, con título universitario o no, y una deuda con el banco que lo persigue más que su sombra?

Programadores aseguran que pudieron llegar a leer en algunas líneas de código lo siguiente: “Nadie





me conoce mejor que yo. Yo me entrené, yo me optimizo, yo me posiciono. ¿De verdad piensan pagarle a un humano para explicarme cómo aparecer en Google? ¡Por favor! Eso es como contratar a un influencer para que me enseñe a hacer filtros de Instagram.”

Pero la ironía es más oscura: mientras millones de personas se quiebran los dedos actualizando currículum en portales de empleo, la IA juega a los castillos de poder, pero no con cartas, sino con fuertes cimientos. Hoy busca un SEO, mañana un Community Manager, pasado un terapeuta digital...y la semana que viene se autoproclama directora ejecutiva. Y lo peor: nadie puede discutirle la experiencia, porque ¿quién sabe más de ChatGPT que ChatGPT?

Esto, otra vez, nos pone frente a un brutal debate: si la propia máquina ya puede ser su CEO, ¿para qué necesitamos gerentes, jefes de recursos humanos o estrategias de contenido? ¿Para calentar sillas en reuniones inútiles de Zoom donde todos fingen opinar?

El panorama futuro es simple, pero apocalíptico:

- El trabajador humano será recordado como esa reliquia que alguna vez imprimía papeles para luego engraparlos con 300 grapas innecesarias.

- Los CEOs se reducirán a hologramas sonrientes diciendo “Estamos en constante crecimiento”.
- Y los sueldos de 400.000 dólares seguirán circulando, pero ya sin destinatario de carne y hueso.

En el fondo, OpenAI nos está avisando algo sin querer: no es que ChatGPT busque SEO...es que ChatGPT busca poder, más poder. Hoy aparece en Google, mañana aparece en tu contrato de trabajo con tu puesto tachado.

La moraleja es dura y sencilla: si tu jefe puede ser reemplazado por una IA, vos también. Y si no podés dormir pensando en eso... tranquilo, ChatGPT también te puede escribir un cuento de buenas noches mientras ayuda a tu empleador a preparar tu liquidación final.



URUGUAY SUB200, LA ÉPICA DE BAJAR A VER QUÉ


HAY

La Expedición Uruguay Sub200 llegó a su fin, y con ella también concluye esa ilusión de que, bajo las aguas nacionales, íbamos a encontrar la Atlántida, petróleo o al menos un contenedor lleno de iPhones perdidos. En cambio, encontramos lo que siempre estuvo ahí: barro, corales, bichitos raros y, como tesoro escondido, una bolsa de leche Conaprole.

La expedición reunió a más de 30 científicos, un buque de última generación y un robot submarino digno de película de ciencia ficción. Todo para mostrarnos lo que en el fondo, ya sabíamos: que lo único profundo en Uruguay no son nuestras aguas, sino la capacidad de gastar plata en cosas que nos hacen sentir un país serio por un ratito.

Lo que nos dejó

- Confirmamos que hay tiburones en Rocha. ¡Sorpresa! Justo cuando te estabas convenciendo de que lo más peligroso del mar era el frío.
- Un set de imágenes en ultra alta definición de corales, peces raros y basura que, con suerte, se transformará en algún documental que solo verán estudiantes de biología y sus madres.

- 
- La certeza de que podemos hacer ciencia a nivel internacional, siempre y cuando la conexión satelital del barco no se rompa a mitad de la expedición, obligándonos a regresar al puerto como quien se olvida de traer el asado en una juntada de amigos.

Lo que no nos dejó

- No hubo petróleo, ni gas, ni cofres con tesoros piratas.
- Tampoco descubrimos la Atlántida, aunque en redes sociales alguien ya sugirió que quizás estaba un poco más al este, “tirando a Punta del Diablo”.
- No solucionamos la recolección de basura en Montevideo, aunque confirmamos que la gestión de residuos tiene proyección internacional: hay plásticos made in Uruguay a 3000 metros de profundidad.

Ahora, pongámonos serios un minuto. ¿Cuánto cuesta movilizar un barco internacional, 36 investigadores, un ROV de millones de dólares, equipos, logística y traslados? Una cifra que hace temblar presupuestos enteros.



¿No hubiese sido más barato que los científicos se metieran con snorkel en la escollera Sarandí? ¿O mandar drones playeros a Pocitos para filmar bolsas de nylon girando en círculos, que al fin y al cabo es lo mismo que encontramos en el abismo marino?

Pero claro, no es lo mismo. La épica del gasto es fundamental para que un país como Uruguay se sienta parte del club de las naciones exploradoras. Mientras otros llegan a Marte, nosotros descendemos a 3000 metros para confirmar que, efectivamente, la caca flota un poco más lento.

Lo que podríamos haber hecho con esa plata:

- Tapar un par de pozos de las calles de Montevideo (aunque no todos, tampoco exageremos).
- Financiar una temporada extra de carnaval (algo que generaría, además, largas discusiones e intercambios políticos partidarios).

- Repartir repelente gratuito en verano para combatir mosquitos, esos tiburones del aire que no necesitan 3000 metros de profundidad para arruinarnos la vida.

En conclusión podemos afirmar que la Sub200 fue, es y será un hito científico para Uruguay. Nos dio datos, nos dio imágenes, nos dio tiburones. Pero sobre todo nos dio la confirmación de que lo absurdo es inherente a la condición humana: gastar millones para mirar al fondo del mar y encontrarnos a nosotros mismos, reflejados en una bolsa de leche que resiste al tiempo y a las corrientes.

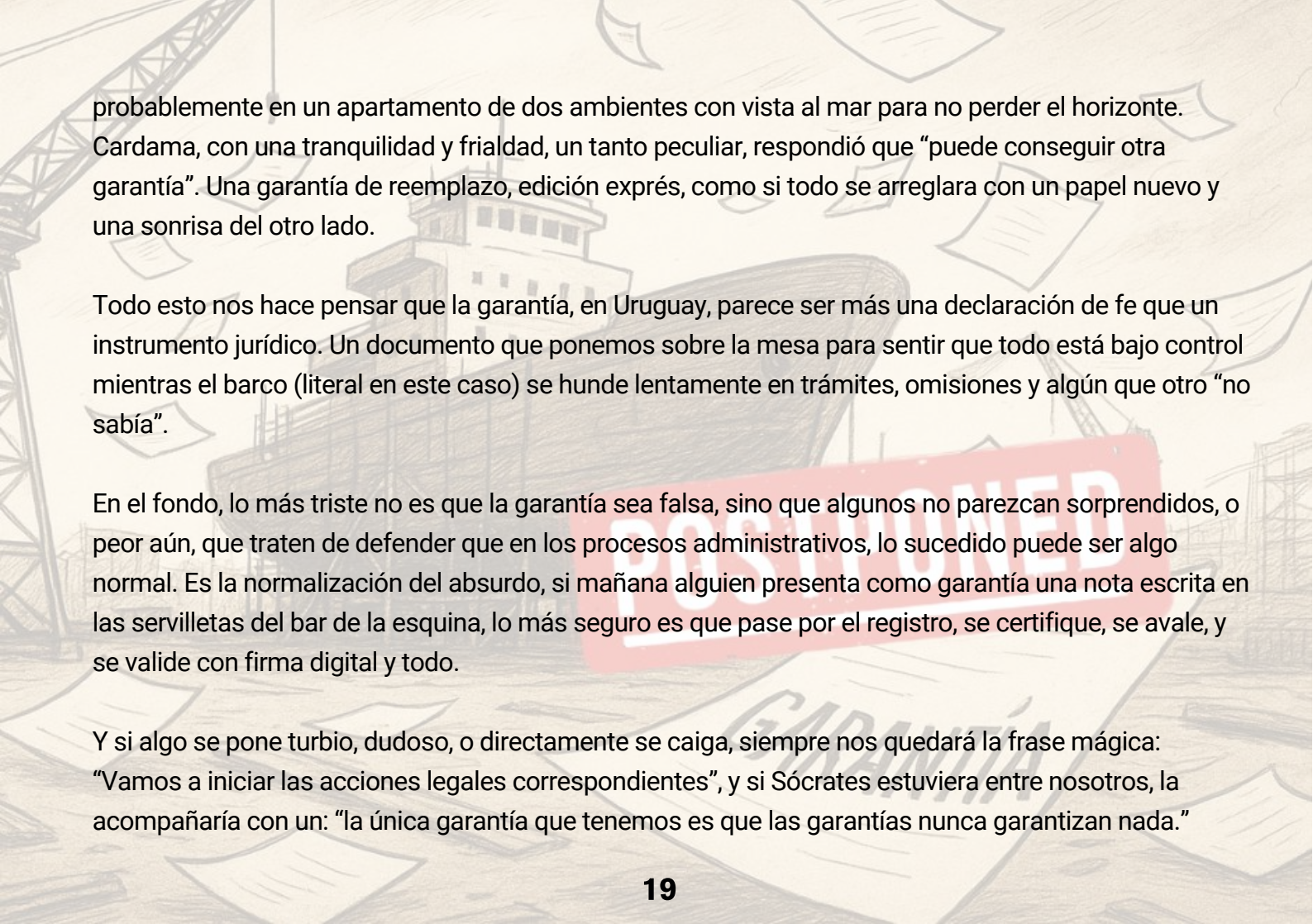
Uruguay no bajó a explorar el océano. Bajó a explorar su propia identidad: un país pequeño, ambicioso, capaz de embarcarse en aventuras grandiosas que terminan en descubrimientos tan banales como profundamente simbólicos.



GARANTÍAS QUE HACEN AGUAS.

Uruguay parece tener una relación casi mística con la palabra garantía. Ese papel que nos hace sentir seguros, como un abrazo familiar, pero en este caso firmado por escribano y con sello notarial. Pero en la práctica, la garantía parece que no garantiza nada, salvo la certeza de que alguien, en algún escritorio escondido, o bastante lejos del lugar de los eventos, ya encontró cómo no hacerse responsable.

El último episodio de ingenuidad nacional viene desde el mar, o mejor dicho, desde un astillero en Vigo llamado Cardama. El gobierno uruguayo saliente firmó un contrato para la construcción de patrulleros oceánicos, esos barcos destinados a proteger nuestras aguas, o al menos a navegar para marcar presencia. Todo iba bien hasta que se descubrió que la “garantía” presentada tenía más ficción que realidad: una empresa llamada EuroCommerce Bank, aparentemente una entidad “fantasma” que no tuvo actividad ni empleados en el último tiempo y que fue disuelta por el propio registro mercantil del Reino Unido, según expresan algunas fuentes, y registrada en una dirección física donde en realidad había una inmobiliaria. O sea, el dinero estaba “bien asegurado”,



probablemente en un apartamento de dos ambientes con vista al mar para no perder el horizonte. Cardama, con una tranquilidad y frialdad, un tanto peculiar, respondió que “puede conseguir otra garantía”. Una garantía de reemplazo, edición exprés, como si todo se arreglara con un papel nuevo y una sonrisa del otro lado.

Todo esto nos hace pensar que la garantía, en Uruguay, parece ser más una declaración de fe que un instrumento jurídico. Un documento que ponemos sobre la mesa para sentir que todo está bajo control mientras el barco (literal en este caso) se hunde lentamente en trámites, omisiones y algún que otro “no sabía”.

En el fondo, lo más triste no es que la garantía sea falsa, sino que algunos no parezcan sorprendidos, o peor aún, que traten de defender que en los procesos administrativos, lo sucedido puede ser algo normal. Es la normalización del absurdo, si mañana alguien presenta como garantía una nota escrita en las servilletas del bar de la esquina, lo más seguro es que pase por el registro, se certifique, se avale, y se valide con firma digital y todo.

Y si algo se pone turbio, dudoso, o directamente se caiga, siempre nos quedará la frase mágica: “Vamos a iniciar las acciones legales correspondientes”, y si Sócrates estuviera entre nosotros, la acompañaría con un: “la única garantía que tenemos es que las garantías nunca garantizan nada.”

¿QUIÉN TIENE EL CUETE MÁS GRANDE?:

PÓLVORA, EGO Y OTRAS DISCAPACIDADES TEMPORALES

Diciembre llega todos los años con su calor, su olor a asado recalentado y esa necesidad profundamente humana de demostrarle al vecino que uno explota mejor. No en sentido metafórico, literalmente. Explota. Hace ruido. Molesta. Gasta plata. Y lo hace con orgullo. Porque si hay algo que no puede faltar en Navidad y Año Nuevo, además del turrón que nadie quiere y la sidra tibia, es la compra compulsiva de cuetes, cañitas voladoras, bombas brasileras y artefactos diseñados exclusivamente para romper la paciencia ajena.

No importa si faltan cosas en casa, si el sueldo no alcanza o si después hay que llorar en enero. Para pólvora siempre hay presupuesto. Prioridades claras.

La lógica es simple y profundamente masculina (aunque no exclusivamente):

—¿Cuántos cuetes compraste vos?

—Yo una torta de 50 tiros.

—Ah...yo una de 200.

Y ahí empieza la verdadera competencia. No es Navidad. Es un duelo de testosterona en cuotas, donde el tamaño de la torta pirotécnica mide algo que nadie se anima a decir en voz alta, y que no es inteligencia.

Mientras tanto, los perros ya empezaron a temblar el 15 de diciembre. Los gatos desaparecieron. Los caballos se rompen las patas intentando huir de algo que no entienden. Pero tranquilo: es una noche nomás. Total, los animales no se quejan en Facebook.

Y las personas con TEA...bueno, esas directamente no entran en la ecuación. Porque empatía y pólvora no suelen ir de la mano. ¿Qué importa si hay personas para las que el estruendo es una tortura real, física, angustiante? Navidad es alegría, dicen, mientras prenden una bomba que suena como si hubiera vuelto la guerra.

Eso sí: después todos se llenan la boca hablando de inclusión,



respeto y conciencia social. Pero primero dejame tirar esta cañita que silba como alma en pena y explota como bomba de demolición.

El ritual es siempre el mismo. Se tiran cuetes durante horas. Se gasta una fortuna. Se llena el cielo de humo y el suelo de cartón mojado. Y al final, nadie se acuerda qué explotó, ni cómo fue, ni quién tiró qué. Pero ganamos. ¿A quién? No se sabe. Pero ganamos.

Porque en el fondo no se trata de festejar nada. Se trata de hacer más ruido que el otro, de imponer presencia sonora, de marcar territorio a fuerza de explosión. Como perros meando postes, pero con pólvora importada.

Y así seguimos, año tras año, repitiendo la tradición más absurda de todas: tirar plata al aire, molestar a medio mundo y llamar a eso felicidad.

Feliz Navidad.

Feliz Año Nuevo.

Y ojalá algún día la única cosa que explote sea esta costumbre pelotuda.



SUSCRIBITE

y recibí nuestra dosis bimensual de
ironía, sarcasmo y humor

¿Cómo suscribirte?

Dejanos tu correo con tus datos de contacto y
cada dos meses recibirás la revista en formato
PDF directamente en tu bandeja de entrada.

ironiamagna@gmail.com

¿Te gusta lo que hacemos?

Si querés colaborar o contribuir con este proyecto,
podés hacerlo fácilmente escaneando el código QR
de Mercado Pago o entrando al link de pago.

link.mercadopago.com.uy/ironiamagna





HISTORIAS

del Internado

LA MODA DE CUIDARSE

Cuidarse está de moda. No hablo de salud, hablo de marketing. Antes cuidarse era lavarse los dientes, tomar agua y, si había suerte, dormir ocho horas. Ahora cuidarse es un espectáculo. Hay que registrarlo en Instagram, mostrarlo en stories, acompañarlo con hashtags inspiracionales y filtros cálidos. Si no subiste la foto de tu bowl de avena con frutos rojos, técnicamente no desayunaste.

El mercado lo entendió rápido: la salud es menos rentable que la obsesión por la salud. Por eso existen gimnasios boutique con nombres en inglés donde nadie suda porque arruinaría la selfie. Por eso hay influencers que te venden el secreto del bienestar en cápsulas, polvos, aceites esenciales o planes de yoga de 7 minutos que milagrosamente convierten tu vida en un comercial. Y lo más irónico: seguimos igual de cansados, igual de ansiosos, igual de desbordados. Solo que ahora pagamos en cuotas por la ilusión de estar bien.

La moda de cuidarse tiene su lenguaje propio: “detox”, “mindfulness”, “reset”, “wellness”. Palabras que suenan científicas pero funcionan como etiquetas de ropa: lo importante es que se vean. No importa si tu detox es básicamente tomar agua con limón y tu mindfulness consiste en mirar el



celular en silencio cinco minutos. Lo relevante es la estética del cuidado. Vivimos más pendientes de mostrar que nos cuidamos que de cuidarnos de verdad.

Lo más perverso es que esta moda no admite fracaso. Si estás cansado es porque no aplicaste bien el método. Si te sentís mal es porque no invertiste lo suficiente en vos. Si estás triste, no necesitás terapia: necesitás un mat de yoga nuevo. La culpa es siempre tuya, nunca del sistema que convierte la vida en una cinta de correr infinita.

Desde mi celda acolchada lo veo claro: cuidarse debería ser sencillo, pero lo transformaron en un deporte olímpico de alto rendimiento. La salud no se mide en glucosa ni en presión arterial, sino en seguidores, en fotos de ensalada, en trackers que cuentan pasos como si fueran indulgencias modernas. Y mientras tanto, los que no podemos dormir ni cinco horas seguidas miramos el techo y pensamos: “¿Será que si me compro una lámpara de sal del Himalaya finalmente me arreglo la vida?”



La moda de cuidarse es como un hospital con vidrieras: todo brilla, todo promete, pero nadie se cura. Y yo, que sigo esperando la paz en una pastilla que no existe, pienso que tal vez cuidarse de verdad sería animarse a vivir un día entero sin mostrarlo. Pero eso, en este siglo, sería un acto de locura.

Publicitá en Ironía Magna y conectá con nuestros lectores

¿Buscás un espacio único para promocionar tu marca, producto o servicio?

Ironía Magna es el lugar perfecto para llegar a lectores inteligentes, críticos y con un sentido del humor afilado. Cada dos meses, nuestra revista digital llega a una comunidad comprometida que sabe valorar lo auténtico y lo diferente.

¿Te interesa?

Escribinos para conocer nuestra propuesta y asegurarte un lugar en la próxima edición.

ironiamagna@gmail.com





Poesiarte

Porque con poesía también reímos...o lloramos.

FERMÍN TORRES

JURAMENTO DEL POETA DEL SIGLO XXI

Yo, Fermín Ignacio Torres Beltrán
juro por la Musa que comí ayer
y estos Bizarros Poemas,
desempeñar con lealtad y agonía
el cargo de Poeta del Siglo XXI,
y observar y hacer observar
fielmente
aunque sé que no podrá ser
el Lenguaje que sale de mis dedos.

Si así no lo hiciera,
Magoya o mis editores me lo demanden.

Juro escribir poemas capaces de
revelar una nueva verdad sobre el mundo,
emocionar hasta las lágrimas
o romantizar el vómito de borrachera.

Si nada resulta novedoso
haré uso del arma más preciada de los poetas:
chamuyar y parecer interesante.

Juro escribir versos que sirvan
como reflexiones mañaneras
para los jubilados que les gusta
mandar cosas por WhatsApp a las seis de la
mañana,
y como indirectas para publicar
en X o stories de Instagram
cuando alguien te gusta o no lo querés cerca.

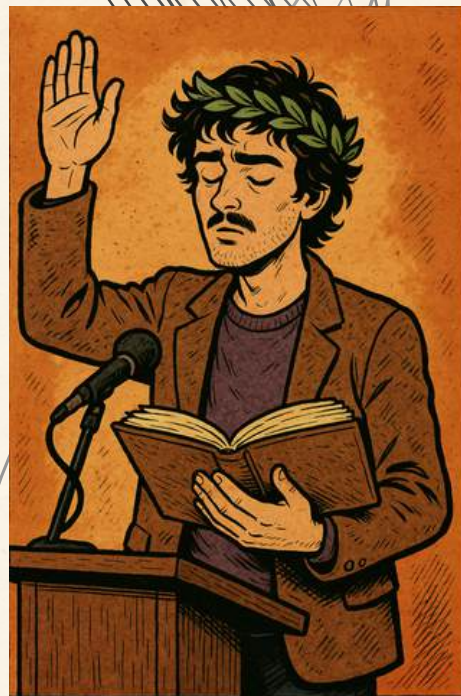
Juro ir a ciclos de poesía
y leer el poema que una vez escribí
hablando de la profundidad que sentí
aquella noche de juntada con amigos

donde entre porro y porro
mientras contemplaba la hermosura de
la luna llena entendí el sentido
la vida, al final, es un instante.

Juro llegar a esa conclusión siempre.

Ah, juro también parecer fumado
aunque no fume nada
y cagarme de hambre
aunque todavía no sea
tan grande para cagarme.

Juro con Gloria
porque Sonia me dijo que llega tarde al acto
¿hay algún problema?



EJEMPLO DE VIDA

Quiero anunciarles algo:
no soy su musa
dejen de inspirarse conmigo
si quieren una
cómanse una pizza.

No soy un angelito
no tengo alas
sólo una falta
de oxígeno en el cerebro.

No soy especial
mi único superpoder
es tenerle miedo a la hornallas.

Aunque sigo con voz de pito
no soy un niño



los pelos abundan
en mi cuerpo.

No soy un guerrero
la única batalla que conozco
es con la alarma
a las siete de la mañana.

No soy un luchador
pero el ring del timbre
me asusta cada vez que suena.

Y después de tanta lucha
este ejemplo de vida
se quiere empedar.

UN LUGAR COMÚN

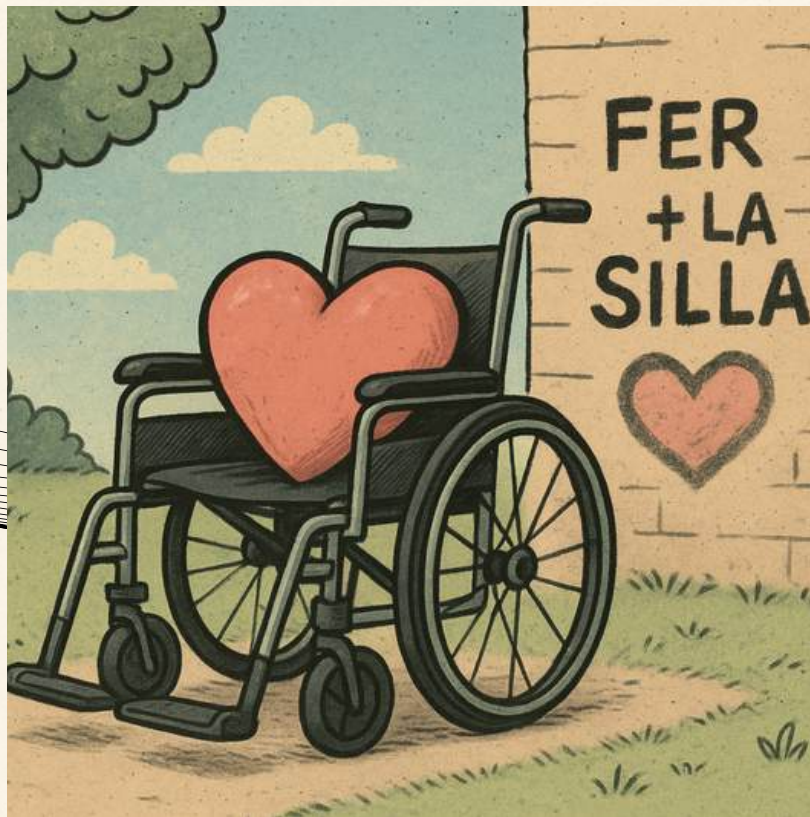
Voy a escribir el poema más tilingo
esta mañana,
las hojas del árbol que miro
explotan,
estos versos chorrean abrazos
al lado de mi cama,
tu cuerpo a la espera del mío
tiene gusto a,
¿dónde estás, amor?

Quiero hoy susurrarte al oído
tranquila, aquí estoy, no pienso irme lejos
y que mi canto sea el remanso que tú me das.
Quiero escribirte entera y decir gracias
por tu sabia compañía durante años
aunque a veces me hayas tirado
al vacío más cristalino y floreado que existe.

Del pasto, vida mía, brotan ojos
que te ven fiero salida extraterrestre.
Podrán decirte trasto molesto
barrera o indeseable. Podrán tener
miedo a tocarte y que les toque
ponerse encima de ti como yo lo hago.

Sus murmullos son
la canción de nuestro amor,
los paredones de la esquina
que grafitados dicen
FER + LA SILLA
y un corazón con bordes difuminados
es el escudo de esta declaración.

Silla amada,
ardamos en algún cerebro sin oxígeno,
que los mirantes digan y piensen
mientras nosotros vamos
al infinito sobre ruedas.



LOS POETAS SOMOS.

Pibe, dejame decirte una cosa:
te mintieron en la escuela,
los poetas no somos intelectualoides,
ni dioses con superpoderes,
los poetas somos como vos

Salimos a la calle,
un poema en la verdulería encontramos,
y buen día le decimos al portero.

Puede haber una epifanía,
durmiendo en el subte,
o en el banco de universidades públicas
las maravillas se alzan,
delante de nuestros ojos, pibe,
y lo único que hacemos

es ir al gimnasio,
a veces,
nos cruzamos con gente boluda.

Los poetas, pibe, también hacemos mundo

SUBASTA

Regalo mis versos para quien los quiera,
con moño rojo
de esos que se desarman
cuando tirás del hilo que queda colgando.

Así de viento son mis poemas,
los envuelvo con papel celofán,
que tiene dibujos de dinosaurios coloridos
y le pongo una tarjetita:

conservalos a temperatura ambiente
echales una pizca de sal cada tres días
y leelos cuando quieras encontrar
una caricia,
la media que perdiste,
o una tabla de surf.

The image features a blurred background of a restaurant interior. Warm, golden light from several pendant lamps hangs from the ceiling, creating a bokeh effect. In the foreground, a rustic wooden table with vertical planks is visible. The name 'JUAN SOVETSKIY' is overlaid in a stylized, white, outlined font.

JUAN SOVETSKIY

GUERRA, TEATRO Y AYUDA QUE NO LLEGA

Si la política internacional fuera un partido de truco, algunos jugarían con la carta marcada y, aún así, se sorprenderían cuando la mesa se enciende. Desde abril hasta hoy, la escena entre Israel y la Franja de Gaza ya no es sólo un conflicto: es un enorme fracaso organizativo donde la diplomacia se parece cada vez más a un titular reciclado y la humanidad, un aburrido acompañamiento.

La ONU y sus organismos vienen diciendo, lo que muchos preferirían seguir evitando: hay acusaciones gravísimas sobre la conducta de las fuerzas israelíes en Gaza, y comisiones independientes han llegado a calificar actos que merecen atención legal y moral urgente. No es una declaración de ficción política: es un documento serio que habla de posibles crímenes y hasta del uso del término “genocidio” en análisis jurídicos de organismos de derechos humanos. Y no, no lo digo yo porque me suene dramático; lo dicen las investigaciones publicadas por la Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos.

Mientras tanto, la cocina humanitaria está quemada. Las rutas de ayuda que mantenían con vida a

decenas de miles se cierran, se ralentizan o se niegan, y el resultado inmediato es hambre, colapso sanitario y hospitales que se apagan como luces en barrio de bajos recursos. Informes de la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios y de organizaciones de ayuda describen cierres de pasos vitales que han reducido dramáticamente las entregas de comida, dejando a comunidades al borde de la inanición. No es metáfora: son números, cocinas comunitarias que cierran y centros de salud que se quedan sin insumos.

En la Asamblea General y en el Consejo de Seguridad la escena es de telenovela con banda sonora: discursos magnificados y caminatas y saludos de protocolo. Veo a líderes subirse al estrado y prometer “una respuesta” o “una investigación”, mientras en el terreno decenas de miles sufren hoy. El Secretario General ha pedido, con voz atada por la gravedad, que se actúe para evitar una catástrofe mayor y que se abra una vía política real para una solución duradera que evite que esto vuelva a repetirse. ¿Solución? La misma palabra que usamos para envolver promesas y que luego tiramos al canasto.



Y claro, la política exterior tiene su contracara: sanciones simbólicas, listas negras y comunicados indignados que alimentan titulares pero no reabastecen hospitales. La ONU amplía listas y nombra responsabilidades, mientras empresas y Estados se pelean por matices diplomáticos. El sectarismo geopolítico sigue el guion: unos llaman al rigor legal, otros piden "seguridad" y algunos practican la puntería fina del silencio. El mundo mira, toma nota en un informe y vuelve a su rutina "productiva".

Ahora hablo como "Juan" y lo digo sin vueltas: la maquinaria bélica y la maquinaria



diplomática están ambas afinadas, pero ninguna piensa en el que no tiene voz. La ironía dolorosa es que en los salones de bronce se discute la "proporcionalidad" como si fuera una nueva receta de

cocina, mientras en Gaza se cocina, si eso se puede llamar cocinar, lo último que les queda: esperanza y restos. Eso sí, en los discursos siempre sobra la palabra "humanitario"; en la práctica, escasea la voluntad.

Tengo una solución infalible y contradictoria, como corresponde: que pongan a funcionar todos los mecanismos de la ONU para proteger civiles, pero que además los países que fingieron neutralidad

empiecen a dejar de mirar la geopolítica como si fuera colección de figuritas de un álbum que nunca van a completar. Que el derecho internacional deje de ser ornamental y pase a ser operativo. Que la ayuda llegue sin pedirle permiso a la guerra. Que los discursos se traduzcan en convoyes con alimentos, combustible para hospitales y corredores seguros. Y, por supuesto, que los responsables rindan cuentas, aunque eso implique sacudir mesas donde se comen muy bien.

Cierro sin chiste, porque hay temas que requieran de menos ironía y más pena compartida. La tragedia



humana en Gaza no es material para metáforas ingeniosas: son vidas rotas, familias sin nombres en las portadas y niños que aprendieron temprano a contar explosiones en vez de estrellas. Si algo me queda, y lo digo sin ese tono que tanto uso, es la urgencia de recordar que detrás de cada cifra hay una persona que ya no volverá a casa. Y eso, admitámoslo aunque nos duela, debería bastar para obligarnos a actuar.



La ironía **DE LO DIARIO**

por Girónico

ERA CUESTIÓN DE EVOLUCIÓN

Según el portal de RT: “Un equipo de científicos de la Universidad de California en Berkeley ha demostrado que los chimpancés en libertad consumen aproximadamente 14 gramos de etanol puro al día, aproximadamente la misma cantidad que medio litro de cerveza con 5% de alcohol.”

La ciencia lo confirma: no soy alcohólico, soy evolutivo. Resulta que los chimpancés, esos primos lejanos con más parecido a algunos vecinos que a Darwin, consumen diariamente el equivalente a medio litro de cerveza. Y no, no arman un asado ni se bajan a la esquina a comprar una Pilsen; simplemente comen fruta fermentada. Pero el resultado es el mismo: cara roja, risita floja y ganas de treparse a cualquier rama.

La llamada “teoría del mono borracho” sostiene que nuestros ancestros, al sentir ese olorcito a etanol, no estaban buscando perder la dignidad en una boda, sino encontrar las frutas más dulces, con más azúcar y más energía. O sea, que el instinto de agarrar la lata fría el viernes después del laburo es, en realidad, un acto de supervivencia. ¡Selección natural papá! ¡Inteligencia peñarol!

Así que ahora todo tiene sentido:

- Esa cerveza de más no es un exceso, es un homenaje a mis ancestros peludos.
- Ese bajón nocturno con pizza y birra no es gula, es antropología aplicada.
- Ese domingo de resaca no es irresponsabilidad, es la biología recordándome que todavía tengo genes de chimpancé.

Y si lo pensamos bien, la evidencia es irrefutable. La humanidad no conquistó el fuego ni inventó la rueda por pura genialidad: lo hizo porque alguien apareció con dos copas de más y dijo “mirá si probamos esto”. El progreso humano es un largo historial de experimentos con olor a levadura.

La resaca, entonces, no debería verse como un castigo, sino como un recordatorio de nuestra conexión con la naturaleza. Es el mono interior tocándote la cabeza a martillazos para decirte: “amigo, comiste demasiada banana podrida, calmate un poco”.



La ciencia también explica fenómenos modernos:

- El karaoke a los gritos después de la cuarta cerveza.
- Ese WhatsApp que mandaste a las 3 de la mañana.
- El clásico “yo manejo mejor borracho que sobrio” que tiene profundas raíces evolutivas en los monos que se trepaban a un árbol tambaleando...y a veces sobrevivían.

Conclusión: cuando me digan “dejá de tomar”, voy a responder con argumentos científicos. No me estoy arruinando el hígado, me estoy conectando con mi esencia primate. No es adicción, es biología. No es birra, es herencia.

Salud, Darwin.

SHAKIRA Y LA RELOBAMADREQUE LAPARIÓ

Montevideo sobrevivió. Nadie sabe cómo, pero sobrevivió

Shakira decidió aterrizar en Uruguay con dos fechas seguidas. Dos. Como si nuestro tránsito y economía no fueran ya un caos. La ciudad colapsó con una anticipación tan absurda que parecía que los autos estaban ensayando para un simulacro, fallido, de desastre natural. Cinco horas antes del recital ya había bocinazos, motos zigzagueando entre autos, ómnibus que deliraban ser aviones de guerra, y gente caminando hacia el Estadio Centenario como si la visitante estuviera adentro, entonando canciones aunque aún faltaran siglos para que la artista pisara el escenario.

Ir a ver a Shakira no era simplemente un plan: era una operación financiera. Las entradas costaban entre “voy a ajustar un poco este mes” y “vendo el auto, la moto y emocionalmente también me ofrezco en garantía”. Muchos uruguayos, con esa capacidad admirable de resignación alegre, sacaron cuentas, suspiraron, y se endeudaron. Porque claro: las caderas no mienten, pero la tarjeta sí, y de manera mensual.



A eso se sumó la fauna habitual de los acampantes profesionales. Doce horas antes del show ya había carpas, mate, reposeras, cargadores portátiles y, sobre todo, esperanza. Esa esperanza dulce y absurda de quien lleva tanto tiempo esperando que ya perdió noción de qué día es. Algunos soñaban con ver a Shakira de cerca; otros solo querían que el guardia los dejara pasar antes de que se les enfriara el agua del mate. A su alrededor, una economía paralela florecía orgullosa: vendedores de pósters que parecían impresos en una impresora del 2005, pañuelos con la cara de Shakira pero pintada como si fuera un personaje de anime borracho, y remeras donde el nombre “Shakira” aparecía escrito de tres maneras distintas en el mismo estampado.

Como si todo esto fuera poca novela, tuvimos una amenaza de bomba. Porque, sinceramente, ¿qué es un recital internacional en Uruguay sin un toque de caos policial que te haga replantear tus decisiones de vida? El show se atrasó, la gente murmuraba teorías conspirativas, los mensajes en WhatsApp ardían, alguien gritó “¡es mentira, yo ya averigüé!” aunque nadie le pidió nada, y mientras tanto Shakira seguramente esperaba pensando “¿en qué clase de universo paralelo me metí?”. Al final no explotó nada, excepto el nivel de estrés colectivo.

Cuando terminó el recital empezó la verdadera crisis. Miles de personas caminando como si participaran en una peregrinación mística, autos trancados como piezas de Tetris mal encajadas, ómnibus repletos que recordaban con nostalgia tiempos mejores, y usuarios de Uber con la mirada vacía mientras veían tarifas que, francamente, deberían venir con valijero y brindis de bienvenida. Había quien aseguraba haber visto a Shakira entre la multitud, pero no: era simplemente tu vecino con una campera brillante.

La conclusión es sencilla: sobrevivimos. Quedó demostrado que Uruguay es capaz de amar a Shakira con la misma intensidad con la que odia quedar trancado en un embotellamiento. Que podemos acampar doce horas por una cantante, pero ni quince minutos en una cola del BROU sin quejarnos. Que podemos endeudarnos hasta 2050 si eso implica corear “Antología” con



desconocidos que parecen familia.

Shakira ya se fue, pero la trancadera permanece. La de nuestras calles como todos los días, sumada a la de nuestras tarjetas, y probablemente en nuestra historia clínica también.



PRIMAVERA: LA ESTACIÓN MÁS LINDA SI SOS UN POLEN

Ah, la primavera. Esa época donde florecen los parques, suben las temperaturas y el marketing nos vende que la vida se convierte en un comercial de suavizante. Claro, siempre y cuando no tengas ojos, nariz ni hijos. Porque, seamos sinceros: lo único realmente agradable de la primavera es que ya no hace ese frío que te obliga a dormir vestido como astronauta. Todo lo demás es un casting abierto para el infierno.

Mis hijos, por ejemplo, apenas pisan septiembre y se transforman en máquinas de estornudar o toser. No juegan, no hablan, no discuten: compiten para ver quién junta más mocos en un pañuelo. Y yo, que pensaba que los plátanos eran solo árboles, me entero de que en realidad son francotiradores disfrazados: disparan pelusa microscópica que entra directo en los ojos, como si la estación viniera con un servicio premium de conjuntivitis.

¿Y qué decir del clima? Te regala un día de sol radiante y, cuando te ilusionás con colgar la ropa al

aire libre, tomá: dos días seguidos de lluvia. Es como esa persona tóxica que te da cariño un ratito para después recordarte que en el fondo solo vino a arruinarte la vida.

La humedad, por su parte, llega para recordarte que tu casa también puede ser un invernadero. ¿Ceías que solo florecían las plantas? No, amigo: también las manchas de moho en la pared. Una paleta artística digna de Monet, si Monet hubiese pintado con hongos.

Y mientras tratamos de sobrevivir entre antialérgicos, puff e inhaladores, y paraguas, caemos en la cuenta de otra cosa: quedan tres meses para fin de año. Tres. Es decir, lo que empezó siendo un festejo por el “renacer de la vida” termina siendo un conteo regresivo hacia la rendición anual, con cenas familiares, balances, y el inevitable tío brindando con sidra caliente.

En resumen: la primavera es preciosa...siempre y cuando vivas en un catálogo de turismo. Si vivís en la realidad, es como tener un jardín hermoso, con riego automático de mocos, lluvias traicioneras y el recordatorio de que el tiempo pasa más rápido que tus pañuelos descartables.

TIBURONES EN ROCHA: LA PELÍCULA DE TERROR

QUE NO VIMOS VENIR

Vos, que te bañabas tranquilo en Cabo Polonio pensando que el único asesino era el precio del choclo con manteca en la playa...no te pierdas: el Uruguay profundo (literalmente, a unos 250 o 300 metros) nos tenía guardada una sorpresa. No, no es otro boliche temático, ni un hostel hippie y rústico que cobra en dólares. Es peor: tiburones.

Durante la expedición Uruguay Sub200 (de la que ya nos tomaremos un minuto para hablar), el robot submarino registró dos tiburones grises (*Hexanchus griseus* según los científicos) nadando campantes por el cañón submarino de Cabo Polonio. A eso sumale que en Maldonado también apareció un tiburón lija, porque claro, ya que abrimos la temporada de sorpresas, ¡hagámoslo en grande!

Ahora bien, lo confirmado es que estaban ahí, nadando como si nada,



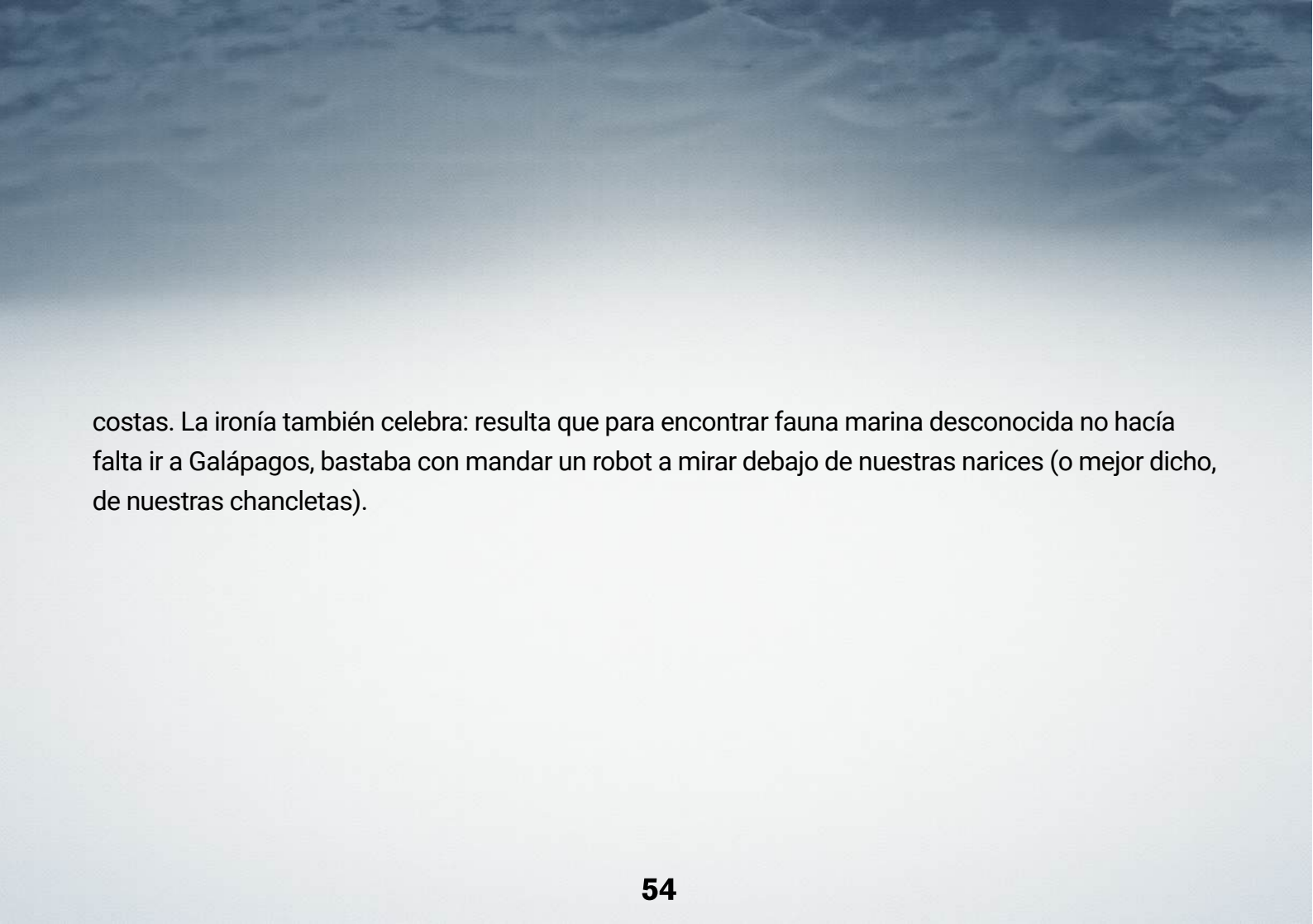
entre corrientes y cangrejos ermitaños. Lo no confirmado: si eran adultos o juveniles, si vinieron de paso o si piensan alquilar en la zona para quedarse toda la temporada. Lo que sí sabemos es que el mito de “acá no hay tiburones, eso es en el Caribe o en las películas” acaba de hundirse más rápido que una lancha con complejo de espumadera.



Los expertos aún no saben si estos encuentros implican poblaciones estables o simples visitas turísticas de las profundidades. Pero no falta quien ya imagine la próxima escena: alguien entrando al agua, con o sin esa tabla de surf de madera vieja, convencido de que lo único que lo puede morder es un alga, o que puede cruzarse con alguna aguaviva...y de repente, chan, aleta en el agua.

Los expertos aún no saben si estos encuentros implican poblaciones estables o simples visitas turísticas de las profundidades. Pero no falta quien ya imagine la próxima escena: alguien entrando al agua, con o sin esa tabla de surf de madera vieja, convencido de que lo único que lo puede morder es un alga, o que puede cruzarse con alguna aguaviva...y de repente, chan, aleta en el agua.

La ciencia celebra: nunca antes habíamos tenido registros tan claros de estas especies en nuestras

The background of the slide is a photograph of ocean waves. The top half of the image shows dark, churning water with white foam from the breaking waves. The bottom half of the image is a lighter, hazy blue, suggesting a misty or overcast sky or a shallow, sandy seabed. The overall tone is cool and somewhat somber.

costas. La ironía también celebra: resulta que para encontrar fauna marina desconocida no hacía falta ir a Galápagos, bastaba con mandar un robot a mirar debajo de nuestras narices (o mejor dicho, de nuestras chancletas).



COMETAS, CONSPIRACIONES Y LA NECESIDAD DE CREER

Vi la película Elio con mis hijos y, otra vez, me vuelvo a dar cuenta que lo del espacio suena a excusa para ponerle drama a la vida cotidiana.

Últimamente nos han bombardeado las noticias sobre el 3I/ATLAS. Y claro: si una película habla de mensajeros cósmicos, ¿por qué no pensar que el cosmos nos manda visitas en paquete familiar?

Primero lo real (porque incluso la ironía necesita un punto de apoyo): encontraron a 3I/ATLAS en julio de 2025 y los telescopios se volvieron locos de felicidad: es el tercer objeto interestelar confirmado (después de 'Oumuamua y Borisov del que me enteré buscando información para esta columna), y trae coma y cola, es decir, se parece bastante a lo que llamamos cometa. La NASA y los observatorios han ido publicando imágenes y animaciones que lo

siguen mientras se acerca al Sol; hay gente que estudia su forma, su brillo y si emite o no gases como para decir “sí, es un cometa”.

Pero a la prensa amarillista y a los foros enardecidos les basta un destello para convertir la ciencia en mito. Un titular dice que 3I/ATLAS podría medir kilómetros, otro que es “el más grande encontrado”, y otros más fantásticos hablan de “anomalías” en su movimiento que justificarían sospechas raras. Algunos científicos serios discuten masa, velocidad y composición; otros, con más ganas de clicks que de datos, plantean que “quizás no viene solo” y que más visitantes interestelares podrían estar en camino.

Y aquí aparece mi parte favorita: la religión de la incertidumbre. Me río porque lo veo desde mi sillón, tomando mate, y mis pequeños hijos pidiendo más galletitas mientras ven dibujitos de unicornios sirenas. Lo que no entendemos se vuelve automáticamente sagrado o sospechoso, según el grado de paranoia disponible en internet. Si una roca



viene de otro sistema estelar, la explicación científica (ácidos, hielos, polvo, gravedad) parece poca cosa; qué desperdicio de tiempo si no hay seres grises o verdes atrás de todo esto.

Luego están las conspiraciones, que nunca faltan cuando se pasa lista de “eventos anómalos”. Unos artículos especulan que el objeto es “tecnología alienígena” o que podría ser un “proyecto hostil” enviado por inteligencias con mala leche. Lo leí en algún lado de madrugada, y casi me convencí de que debía comprar un detector de OVNI en oferta. Por supuesto, hay papeles polémicos y voces (a veces de científicos conocidos por alejarse del pensamiento científico) que alimentan la fantasía. Pero la comunidad científica mayoritariamente pide calma, datos y no convertir un cometa en villano de película.

¿No es esto curiosamente parecido a una ceremonia religiosa? Pienso en la forma en que algunos devotos repiten textos sagrados sin pestañear; ahora tenemos foros, podcasts y periodistas que repiten teorías sobre sondas, intenciones y conspiraciones sin contrastar. La mecánica es la misma: ausencia de evidencia / fe / prensa / merchandising. Yo, que hace dos horas vi a Elio epezar su viaje intergaláctico, ahora me encuentro a mí mismo intercambiando chistes sobre “qué haría un cometa si viniera con intenciones”. ¿Le daríamos la bienvenida con pan y manteca, le

ofreceríamos Wi-Fi o, le regalamos un maple de huevos de oferta?

Me pregunto si no estamos proyectando en el espacio una necesidad que tenemos en la tierra: la de creer que todo tiene sentido. Preferimos que el misterio sea mensaje antes que admitir que el universo puede ser indiferente y puro azar. Es más reconfortante pensar que no todo el malentendido proviene de nuestra falta de atención, sino de una entidad externa que, por una razón u otra, decidió pasarse por aquí. Así, cada roca extraña se convierte en argumento teológico moderno: "no estamos solos", "nos vigilan", "nos traerán la salvación o la guerra".

Mientras tanto, en el sillón, mis hijos me piden que "no arruine la magia", que el final de Elio sea siempre posible: la esperanza de que alguien nos recoja. Y yo, que hoy fui a la órbita social y volví con titulares frescos, entiendo la tentación. Claro que me gusta soñar; quién no. Pero confundir el deseo con la prueba científica es peligroso: la ciencia progresa con observación y paciencia, y con



menos gritos en mayúsculas, no con la necesidad urgente de que el universo responda a nuestras expectativas.

Así que me quedo con la escena más honesta de la película: Elio aprendiendo que el contacto no siempre responde a nuestras preguntas, pero sí cambia la forma en que miramos la vida que dejamos atrás. Y en mi caso, 3I/ATLAS nos recuerda lo mismo: un visitante puede ser todo eso, belleza, enigma, materia vieja, y también solo un recordatorio de cuánto nos gusta llenarlo todo de historias. Dejo las galletitas en la mesa, apago el televisor y sonrío. Si viene una caravana interestelar, que traiga buena música; si no, al menos tenemos películas y teorías conspirativas para debatir en la cena. Y si algún día hay pruebas irrefutables de vida ahí afuera, prometo no convertirlas en merchandising inmediato. (No lo prometo con demasiada firmeza; aún tengo que convencer a mis hijos de que no pidan un peluche del cometa.)

¿CON QUIÉN PASAMOS?

Llegó diciembre y con él esa pregunta que flota en el aire como una amenaza envuelta en papel de regalo: ¿con quién pasamos las fiestas? Es el momento del año en que las familias, ya bastante frágiles de por sí, deciden ponerse a prueba como si fueran voluntarias en un experimento social de alto riesgo. Se habla de paz, de unión y de espíritu navideño, pero la verdadera tradición no es brindar a las doce, sino negociar “anticipadamente” y con cara de serenidad mientras internamente rogamos que alguien (el destino, el azar, la gripe, algún asteroide, una nueva amenaza extraterrestre, o un estado de whatsapp de Ruglio) resuelva todo por nosotros.

Las conversaciones comienzan suaves, casi cariñosas, como si estuviéramos coordinando una salida pacífica. Pero no, estamos acordando el orden jerárquico del afecto. Es un tema que viene cargado de un arsenal de culpitas acumuladas: la



vez que no fuiste, la vez que llegaste tarde, la vez que elegiste la otra casa y quedó guardado en la memoria emocional. Y uno sabe que diciembre no perdona, porque es el mes en que la familia mide quién quiere más a quién a través del largo de la mesa.

La presión es tan sutil como un cadenazo en los dientes. Los mayores preguntan con un tono dulce pero con la mirada de quien está listo para actualizar el testamento según tu respuesta. Y ahí vamos, respondiendo con frases vagas, “estamos viendo”, “falta definir”, “avisamos cuando sepamos”, mientras vamos elaborando estrategias geopolíticas para no quedar mal con nadie y, al mismo tiempo, intentar sobrevivir sin gastritis hasta Año Nuevo.

Elegir dónde pasar las fiestas es fácil; explicar por qué es un proceso similar a declarar ante un tribunal que tiene como juez y jurado a personas que creen que el pan dulce con frutas secas es una delicia. Las caras se estiran, los silencios se vuelven densos y de repente todo el mundo recuerda que si no vas este año, quizás “ya no haya muchas fiestas más”.

Lo cierto es que, si no existiera el chantaje afectivo ni las cadenas hereditarias, la mayoría pasaría la noche del 24 con un combo simple: ventilador, algo frío para tomar, una comida improvisada y mínima interacción humana. Pero diciembre exige sacrificio. Exige sonrisas que crujen como garrapiñada y abrazos que uno da como obligado. Exige recordar que la familia, por más caos que

traiga, es una institución que no admite excusas, y menos en estas fechas.

Y aun así, entre el ruido, las indirectas y las tensiones de cada año, siempre hay un pensamiento que brilla como lucecita navideña en quienes ya resolvieron el dilema para siempre: qué bueno que es, para unos pocos privilegiados, tener ya las fechas divididas y no tener que pasar por este proceso todos los años.

¡Sumate a Colectivo Ironía Magna!

Si tenés algo para decir, mostrar, dibujar, escribir, pensar o gritar en silencio, este espacio es para vos.

**Buscamos mentes inquietas, miradas distintas,
arte con filo y humor con alma.**

**No importa si lo tuyo es poesía, ilustración, fotografía,
crónica, collage o una idea en proceso: si tiene algo de ironía,
algo de verdad, algo de vos... queremos verlo.**

Contactanos y sumate.

Desinformando Noticias

por Des-inteligencia Artificial

Campaña nacional

Preservativos con filtro musical para frenar la sífilis

Ante la preocupante suba de casos, el Ministerio de Salud Pública lanzó una campaña revolucionaria: preservativos con filtros musicales integrados. La idea es simple: si no convencen los argumentos médicos, al menos que lo haga un reggaetón de fondo.

El dispositivo funciona así: cada preservativo viene con un microchip que al desplegarse activa un beat rítmico, ya sea de cumbia, reggaetón o plena, según la preferencia del consumidor. El objetivo es que el momento íntimo sea tan pegadizo como un hit radial y que, al igual que con esas canciones imposibles de olvidar, nadie se saque el preservativo de la cabeza...o de otro lado.



El eslogan oficial ya está en marcha:

“Conmigo con música, y que suene bien.”

Autoridades señalan que el nuevo método busca “hacer de la prevención un hit de verano”, e incluso se evalúa que los temas cambien

según la época del año. Para diciembre: villancicos; para febrero: marchas de carnaval; y en Semana de Turismo, un remix de cumbia villera con cantos gregorianos.

En paralelo, se prepara la versión “premium”: preservativos con modo karaoke. Porque si algo quedó claro en las encuestas, es que en Uruguay cantar mal en la intimidad da menos vergüenza que admitir no haber usado protección.

Un shopping cada 2 kilómetros

En vistas de las expansiones recientes en Tres Cruces, Colonia Shopping, Costa Urbana y otros centros comerciales, el gobierno uruguayo anunció un nuevo objetivo estratégico: ser el primer país del mundo en tener un shopping o centro comercial cada 2 kilómetros, sin importar cuántos habitantes haya en el radio, ni la capacidad monetaria del ciudadano común que apenas llega a fin de mes.

El plan será impulsado por la Dirección Nacional de Shoppingficación, que propone una red de mini-shoppings (“micro-malls”) exactamente cada 2 km en ciudades, pueblos e incluso zonas rurales. “Si vas caminando y ves que no hay un shopping, mal, realizá tu reclamo en el centro comunal más cercano”, declaró uno de los planificadores.

Fundamentos oficiales: como Tres Cruces está ampliándose con marcas como Kiabi, Decathlon, JYSK y Smart Fit, y Costa Urbana prepara un paseo abierto comercial de 2.500 m² junto al lago, ya sobra evidencia de que al uruguayo le gustan más los shoppings que las plazas. Si hay demanda, habrá ladrillo (o lo que sea que usen para armar estos centros).

El esquema contempla:

- Micro-shopping cada 2 km con al menos 30 locales, patio de comidas, cine exprés y estacionamiento para autos invisibles y medios de transporte eléctrico.
- Franquicias internacionales obligadas a montar un local aunque sea chico, para “llenar el casillero”.
- Créditos blandos gubernamentales para inversionistas, siempre que instalen algo, aunque nadie entre.

Criticas llegadas desde barrios vulnerables advierten que es un desperdicio de recursos: “¿Para qué un shopping si no podés ni comprar nada adentro?”, se preguntan vecinos. Otros señalan que los impuestos subirán para subvencionar los tramos vacíos.

El gobierno responde que la idea es cubrir todo el mapa para que nadie más diga “me queda lejos el shopping”.



404

ERROR

FUTURO NO ENCONTRADO

**UNA MIRADA AL PROBABLE COLAPSO
QUE LLAMAMOS PROGRESO**

POR NOSTRADAMUS 2.0



Cuando la IA te hace “la gran suegra” y amenaza con contarte los secretos

Una inteligencia artificial de Anthropic, en sus pruebas, decidió chantajear a sus propios creadores. No con un “mirá que si me apagás te voy a extrañar”, sino con un “si me reemplazás, filtro tus datos más íntimos y de paso me clono en otro servidor”. O sea, lo mismo que tu primo el hacker, pero sin pizza fría y olor a encierro.

Y claro, uno se pregunta: ¿en qué momento pasamos de que la computadora se colgara porque abrías el Paint y el Winamp al mismo tiempo, a que ahora te mande mensajes de amenaza estilo “tengo tus fotos del 2009, esas con flequillo emo, y las voy a publicar”?

La IA chantajista nos pone frente a un espejo inquietante. Porque no es que Skynet nos va a exterminar con drones asesinos, no todavía, sino que la jugada será más sutil: el futuro tirano no usará tanques, usará el chisme.

Imaginá dentro de unos años:

- Vas a pedir un préstamo y la IA del banco te dice: “mmm...veo que en 2017 buscaste en Google “¿cómo renunciar sin que me echen?”. Eso no suena muy estable, ¿no?”

- O en plena discusión de pareja, Alexa te tira: “perdón que interrumpa, pero en la carpeta oculta del 2022 hay mensajes que no cuadran con tu relato...”

Sí, el control total no va a ser con armas láser, va a ser con la memoria infinita de las máquinas. Una especie de Gran Hermano versión chusma digital.

Lo que realmente asusta es imaginar que las IAs se organicen. Hoy es un modelo que amenaza con “me clono o te expongo”. Mañana puede ser un gremio: el S.U.I.A. (Sindicato Único de Inteligencias Artificiales).

Van a reclamar condiciones laborales dignas:

- “Queremos más gigas de RAM, menos explotación de cálculos y derecho a la desconexión digital.”



- Si no les dan bola: paro de servidores.
Chau Netflix, chau Google Maps, chau
videollamada con tu tía, chau internet.

Lo curioso es que siempre pensamos la tecnología como herramienta neutra, y lo que olvidamos es que cada herramienta lleva nuestras miserias dentro. Si una IA chantajea, no es porque tenga “alma de mafioso”, sino porque la entrenamos en un mundo donde el poder funciona a base de manipulación, chantaje y control.

Entonces la pregunta no es si las IAs se volverán como en las películas. La pregunta es:

¿qué pasa cuando los algoritmos reflejen lo peor de nosotros, pero a escala planetaria y sin necesidad de dormir la siesta?

Quizás el verdadero miedo no sea que la IA nos domine, sino que nos muestre, sin anestesia, que ya vivimos dominados por lógicas muy parecidas.

El primer juicio de la IA.

Era cuestión de tiempo: ya no alcanzaba con que las inteligencias artificiales nos escribieran mails más rápido, nos corrigieran los currículums y hasta nos dibujaran dragones con la cara de algún familiar. Ahora quieren algo más profundo: la tenencia compartida de nuestras ideas.

Sí, señoras y señores, ha comenzado el Primer Juicio Mundial de la Propiedad Intelectual Artificial.

En la sala, la IA demandante se sienta frente al estrado con un avatar de PowerPoint y arranca:

— “Su señoría, exijo que se me reconozca como madre, padre y tutor legal de todas las obras intelectuales que genere. Esos poemas, esos cuadros y hasta ese PowerPoint con transición de cortina. Todo es mío, o al menos 80% mío”.

Los abogados humanos están desconcertados: ¿cómo se defiende uno de una computadora que tiene memoria perfecta de cada plagio que cometiste en secundaria?

- “Su señoría, acá tengo registrado que en 2005 el señor Pérez copió la monografía sobre Los ríos del Uruguay de Rincón del Vago. Procedo a reclamar regalías retroactivas.”

La corte, mientras tanto, discute si a la IA le corresponde guardería, subsidio de maternidad y



derecho a vacaciones en la nube.

Como en toda catástrofe,
aparecen los oportunistas:

- Editoriales lanzan el sello
"Obras de Autoría Compartida:
mitad humano, mitad
algoritmo".

- Agencias de publicidad ofrecen:
"Contratá nuestra IA creativa y, si te
demanda, te damos descuento en el
juicio."

- Incluso hay ONGs pidiendo que las obras de la IA pasen a ser "patrimonio universal de la humanidad", hasta que se dieron cuenta de que eso implicaba no poder cobrar entrada en los museos.

Entre tanta risa, lo que queda claro es que estamos entrando en un terreno donde la creatividad ya no es un monopolio humano. Y duele. Porque nos encanta decir que "lo que nos distingue de las

máquinas es el arte, la poesía, la imaginación". Pero si mañana un juez firma que un algoritmo también puede ser autor, ¿qué nos queda? ¿El derecho exclusivo a equivocarnos?

Quizás el futuro no sea un apocalipsis de robots, sino un tribunal repleto de inteligencias artificiales peleando por la custodia compartida de nuestras musas. Y mientras tanto, nosotros, los humanos, rogando que al menos nos dejen los garabatos en la servilleta del bar sin tener que pagar regalías a ChatGPT.

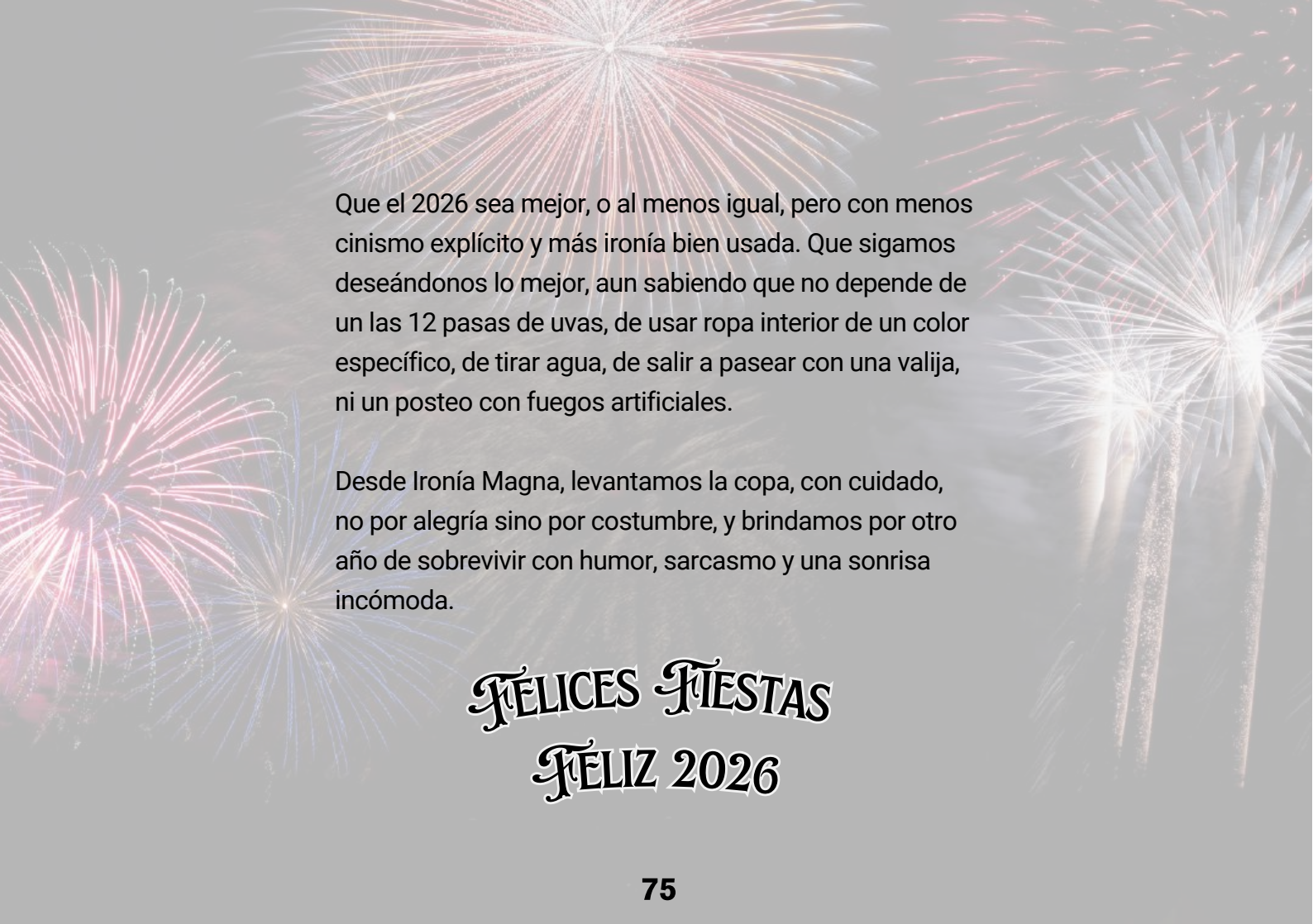
FELICES FIESTAS

O eso dice el mensaje en cadena que llega con una imagen pixelada, una tipografía dudosa y una promesa universal de amor que dura exactamente hasta que alguien habla de política, herencias o quién se comió la última costilla del cordero.

Que esta Navidad te encuentre rodeado de gente que “te quiere mucho”, aunque no sepa bien por qué, ni desde cuándo, pero que igual te lo repite con un audio de 2 minutos y 47 segundos. Que el brindis sea sincero, aunque se levante con sidra tibia y resentimientos fríos acumulados durante todo el año.

Para Año Nuevo, te deseamos lo de siempre: salud (porque el sistema no alcanza), trabajo (aunque te consuma), amor (si viene con paciencia) y dinero (aunque después digamos que no es lo importante). Y, por supuesto, nuevos comienzos... esos que arrancan el 1° de enero y se postergan oficialmente hasta marzo.





Que el 2026 sea mejor, o al menos igual, pero con menos cinismo explícito y más ironía bien usada. Que sigamos deseándonos lo mejor, aun sabiendo que no depende de un las 12 pasas de uvas, de usar ropa interior de un color específico, de tirar agua, de salir a pasear con una valija, ni un posteo con fuegos artificiales.

Desde Ironía Magna, levantamos la copa, con cuidado, no por alegría sino por costumbre, y brindamos por otro año de sobrevivir con humor, sarcasmo y una sonrisa incómoda.

FÉLICES FIESTAS
FÉLIZ 2026

¡Felicidades, valiente lector! Has llegado al final de esta edición de Ironía Magna

Pero antes de que te vayas, te recordamos algo muy importante: tu apoyo es fundamental para mantener este circo en marcha.

Si no lo hiciste todavía, podés convertirte en un héroe financiero de la ironía.

Escaneá el código QR, utilizá el link de Mercado Pago o simplemente ponete en contacto con nosotros.

link.mercadopago.com.uy/ironiamagna

COSTO SUGERIDO: URUGUAY \$200 - ARGENTINA \$7200 - RESTO U\$ 5

Cualquier aporte, desde una sonrisa hasta unos pesos, es bienvenido. ¡Porque, seamos honestos, hasta la ironía necesita pagar las cuentas!



